

Psicología y política en la interpretación de la sociedad

Ana María Talak*

Diversos trabajos en estos últimos años que se han ocupado de analizar en la obra de José Ingenieros, especialmente la vinculación entre la perspectiva política y la sociológica en la interpretación de la sociedad y de su historia (por ejemplo, véase: Terán, 1986, 2000, 2008a, 2008b; Altamirano, 2004; Tarcus, 2007, aunque solo el joven Ingenieros), no han considerado el papel de las ideas psicológicas de este autor, y en el caso de que mencionen algunos aportes en este sentido, lo hacen de una manera marginal o accesoria. Me interesa mostrar que las ideas psicológicas que Ingenieros fue elaborando durante la primera década del siglo XX, hasta la publicación en 1911 de su libro **Principios de psicología biológica**, constituyeron un núcleo conceptual que pervivió en los trabajos posteriores de interpretación de la sociedad y de su historia. Más específicamente, sostengo que sus concepciones psicológicas, a pesar del marco naturalista y determinista, pretendidamente neutro desde el punto de vista valorativo, siempre acogió valoraciones de tipo político —entre otras—, aunque esas valoraciones no eran reconocidas como tales, sino naturalizadas. Estas valoraciones invisibilizadas en las explicaciones psicológicas de corte naturalista, se mantuvieron cuando Ingenieros extendió esta grilla interpretativa a nuevos problemas, de carácter social, histórico, político, y filosófico. En este breve espacio, ilustraré estas tesis a través de algunos conceptos clave, como *adaptación*, *progreso* e *ideales*, que fueron cardinales tanto en su teoría psicológica como en la interpretación de la sociedad, en obras posteriores no estrictamente psicológicas.

Retomaré, para revisar, la afirmación de Oscar Terán de que es a partir de **El hombre mediocre** (1913) que Ingenieros “introduce una serie de categorías “idealistas” difícilmente conciliables con el sistema determinista del positivismo” (Terán, 2008: 38). Considero que la misma cultura intelectual positivista (términos de Carlos Altamirano) poseía ya los elementos valorativos políticos que luego se desplegarían más explícitamente.

Comenzaré por mostrar cómo aparecen articuladas las tres nociones mencionadas, adaptación, progreso e ideales, en **Principios de psicología biológica** (1911, en ediciones posteriores se llamó **Principios de psicología**) y en **El hombre mediocre** (1913), y cómo

encierran diversas dimensiones valorativas que no se tematizan explícitamente, pero que son fundamentales en el armazón de los esquemas interpretativos de conjunto.

El concepto biológico de adaptación y sus usos psicológicos

El concepto de adaptación se convirtió en una noción básica de la psicología a partir del impacto que tuvo la biología evolucionista en la psicología durante la segunda mitad del siglo XIX. En esa nueva psicología empírica, naturalista y evolucionista, llegó a ser una creencia compartida considerar las funciones psíquicas como funciones biológicas, que cumplen un papel específico en el proceso más amplio de la adaptación del organismo al medio. A lo largo del siglo XX, esta noción fue usada e interpretada de diferentes maneras en las teorías y tradiciones psicológicas. Por un lado, la comprensión y la explicación de la conducta humana, y de sus trastornos, exigían poner en relación al ser humano con el medio, natural y social, y definir las normas de la adaptación normal según criterios que suponían cruces entre interpretaciones biológicas, sociales, políticas y éticas, dimensiones no siempre explicitadas claramente. Por otro lado, la noción de adaptación permitía realizar comparaciones entre los animales y el ser humano, a través de interpretaciones del medio social en términos biológicos, o bien, que leían la relación organismo-medio en términos de las sociedades humanas.

Adaptación, progreso e ideales en la psicología biológica de José Ingenieros

Adaptación

En **Principios de psicología biológica** (1911), José Ingenieros definía las funciones psíquicas como funciones biológicas, de adaptación al medio. Las funciones biológicas a su vez eran definidas previamente en términos físico-químicos, como el resultado de continuos intercambios energéticos entre el organismo y el medio. En este nivel de análisis, eran los desequilibrios energéticos del medio los que determinaban desequilibrios energéticos en los orga-

* Universidad de Buenos Aires – Universidad Nacional de La Plata

nismos, y, por lo tanto, los que determinaban la excitación. El movimiento como respuesta del organismo, era entendido como un desprendimiento de la energía acumulada en los seres vivos para restablecer el equilibrio modificado por la excitación.

Dentro de este esquema energetista monista, la excitación y el movimiento definidos en términos energéticos, definían las propiedades elementales de los seres vivos. A partir de estos dos procesos básicos (excitación y movimiento), Ingenieros explicaba los diversos grados de desarrollo en la evolución filogenética, ontogenética y sociogenética (véase Talak, 2009). Ese desarrollo gradual de complejidad suponía una correlación entre el desarrollo de las estructuras u órganos, y las funciones que estos ejercían, entre las cuales se encontraban las funciones psicológicas entendidas como funciones biológicas. La filogenia orgánica y la filogenia psíquica se consideraban correlativas. Los extremos de esta evolución continua de las funciones de adaptación eran la irritabilidad protoplasmática, en su manifestación más elemental, y la imaginación creadora y la formulación de ideales, en su expresión más compleja.

Dentro de este esquema explicativo, las diferencias individuales provenían, según Ingenieros, de la desigualdad biológica de base de cada organismo, y de los desequilibrios energéticos diversos que originaba el medio. La conducta del ser humano y de los animales eran reacciones determinadas por las causas ambientales y biológicas del organismo. Ahora bien, la *adaptación* postulada como una función que permitía la supervivencia, reducida en última instancia a un modelo mecanicista físico-químico, convertía al ser humano en un organismo que se adaptaba al medio, en tanto solo reaccionaba a los desequilibrios que el medio provocaba. Las diferencias individuales y los cambios en el desarrollo ontogenético, eran resultado de la acción del medio sobre las diferencias biológicas de base que cada organismo traía.

Ingenieros extendió esta idea de la adaptación entendida en términos energéticos mecanicistas, al ámbito social. Las sociedades humanas variaban al adaptarse a las condiciones diferentes del medio. Según Ingenieros, si las condiciones ambientales fueran iguales para todas las sociedades y variarían de la misma manera, entonces todas las sociedades serían iguales y evolucionarían de la misma manera. La desigualdad biológica de base en el plano social estaba dada por las diferencias de razas. Sin embargo, la noción de raza en Ingenieros no aludía solo a caracteres físicos, sino que incluía la homogeneidad cultural que lograba un grupo, lo cual abarcaba las costumbres e ideales que la caracterizaban y permitían diferenciarla de otras razas. Dentro de una misma sociedad, las diferencias entre clases sociales representaban las diferentes etapas recorridas en la formación de la experiencia social.

Las clases inferiores constituyen por su desdesarrollo mental, una verdadera raza primitiva o atrasada dentro del medio en que viven. Ocupan respecto de las superiores, el mismo rango que los pueblos salvajes y primitivos respecto de los civilizados. (Ingenieros, 1946 [1919]: 187)

También aquí se postulaba una correlación entre la estructura social (instituciones) y las funciones psíquicas colectivas (costumbres, manifestadas en las creencias y los hábitos). Las transformaciones dependían de las variaciones adquiridas, producto de las variaciones del ambiente. Las variaciones del ambiente eran entonces el factor que guiaba las variaciones en las sociedades y en los individuos, dentro de las posibilidades que la herencia determinaba. "La historia de una sociedad es el resultado de las condiciones naturales del medio, al que procuran adaptarse sus componentes para hacer sobrevivir su organización y su mentalidad colectivas". (Ingenieros, 1946 [1919]: 191)

Progreso e ideales

Vemos entonces que Ingenieros trasladó las afirmaciones sobre las relaciones entre el organismo y el medio, en términos de acción y reacción, a la interpretación de la evolución de las sociedades. Así como había una experiencia individual, había también una *experiencia social* y una *memoria social*, que conservaban las modificaciones estructurales en el curso de la evolución de los grupos sociales. El progreso era visto como el perfeccionamiento de la adaptación funcional y estructural de una sociedad a las condiciones del medio en que vivía.

Incluso la personalidad individual se formaba en función de la experiencia social. La "mentalidad de la especie" (tendencias e inclinaciones hereditarias) permanecía en el fondo primitivo de la personalidad ya constituida. La "mentalidad social" se desarrollaba en función del medio humano colectivo. La "mentalidad individual" se formaba a partir de las variaciones adquiridas individualmente. Ingenieros sostenía que había una desigualdad mental de base entre los individuos, que la diversa educación reforzaba, a través de la formación de hábitos. No obstante, la imaginación creadora cumplía en este cuadro un papel esencialmente innovador. La imaginación, a partir de la experiencia, podía plantear hipótesis sobre futuros perfeccionamientos posibles. Estas hipótesis constituían los ideales.

Dentro de este esquema fiscalista determinista y evolucionista, Ingenieros postulaba que la vida tendía naturalmente a perfeccionarse, en el sentido de que lo que sobrevivía resultaba ser mejor que las posibilidades que no se habían realizado, que quedaban solo planteadas. El concepto de lo mejor era visto como un resultado natural de la evolución. "El futuro es lo mejor de lo presente, puesto que sobrevive en la selección natural; los ideales son un *élan* hacia lo mejor, en cuanto simples anticipaciones del devenir." (Ingenieros, 1946 [1919]: 325)

La imaginación era la madre de toda originalidad. Ella creaba los ideales. Les daba impulso con el ilusorio sentimiento de la libertad. El libre albedrío era un error útil para la gestación de los ideales. La experiencia era la que legitimaba los ideales en el curso de la vida social, por medio de una selección natural. Ingenieros postulaba que sobrevivían los ideales más adaptados a su función de prevenir el sentido de la evolución. "Sin los ideales sería

inexplicable la evolución humana". (Ingenieros, 1946 [1919]: 331) Los hechos son puntos de partida; los ideales son faros luminosos que de trecho en trecho alumbran la ruta. La historia es una infinita inquietud de perfecciones, que grandes hombres presentan o simbolizan. Frente a ellos, en cada momento de la peregrinación humana, la mediocridad se revela por una incapacidad de ideales. (Ingenieros, 1946 [1919]: 331)

Imitación e invención, tradición e iniciativa individual, memoria e imaginación, rutina y originalidad, serían los componentes necesarios del devenir de las sociedades y de la historia. Sin embargo, los cambios sociológicos e históricos serían producto de las variaciones del ambiente natural, que producirían cambios en las funciones colectivas de adaptación, traducidas en las instituciones y costumbres. No serían los hombres los que hacen la historia, aún cuando algunos pudieran prever su curso inmediato y manifestarlo en ideales. (Ingenieros, 1911: 212-213; 1946 [1919]: 190-191)

Adaptación, progreso e ideales en la vida del hombre mediocre y del hombre superior

En **El hombre mediocre** (1913), en cambio, la noción de adaptación aparecía vinculada más a la rutina, a lo convencional, a los prejuicios. Ingenieros diferenciaba entre aquellos que pertenecían a la masa, que se adaptaban pasivamente al medio, que seguían las ideas de los demás, el sentido común colectivo, y que eran incapaces de tener un pensamiento original, y aquellos pocos hombres superiores que podían formarse un ideal, ser originales y promover el progreso de toda la sociedad.

La razón por la cual algunos hombres pertenecían a la masa y vivían vidas mediocres, honestas pero indiferentes, incoloras, y otros pocos no se adaptaban a las normas sociales ya fijadas, sino que tomaban la iniciativa de pensar futuros perfeccionamientos posibles, se debía en última instancia a diferencias psicológicas de base biológica. La educación intelectual era un requisito ulterior, que solo podía actuar sobre esas diferencias de base.

La adaptación al medio era aquí la causa de las rutinas, vidas vegetativas, que no constituían propiamente la historia, para Ingenieros. Solo tenían historia aquellos que dejaban sus huellas en las sociedades, que perduraban, quienes eran capaces de introducir cambios.

En **Principios de psicología** Ingenieros colocaba la adaptación como un mecanismo básico del desarrollo de todo ser vivo, e incluso definía las funciones psíquicas como funciones de adaptación. La posibilidad de cambio aparecía o bien del lado de los cambios del ambiente, que promovían modificaciones adquiridas que podían llegar a heredarse como instintos o transmitirse educacionalmente como hábitos, costumbres y creencias, o bien del lado de los idealistas, que anticipaban futuros perfeccionamientos posibles.

En **El hombre mediocre**, la distancia entre los hombres mediocres y los hombres superiores era mucho más definida, y usaba solo el concepto de adaptación para el primer caso. Aclaraba explícita-

mente que el hombre mediocre no representaba al hombre medio (en el sentido del promedio estadístico) ni al hombre normal. Si se definía el hombre normal como el que seguía el convencionalismo social, entonces el hombre normal sería el *hombre domesticado* y no el *hombre equilibrado*. En este contexto Ingenieros discutía la idea extendida de que el hombre mediocre era equilibrado y el hombre de genio era desequilibrado o anormal.

Ingenieros planteaba que la imitación cumplía un papel fundamental en la formación de la personalidad social, ya que actuaba creando hábitos. Cumplía un papel conservador en la sociedad. El hombre mediocre era esencialmente imitativo, adaptado al rebaño. Sostenía los prejuicios y dogmatismos útiles para vivir domesticadamente en la sociedad. El hombre mediocre reflejaba el "alma de la sociedad", pensaba por la cabeza de los demás. Era incapaz de formar ideales propios. La mayoría eran hombres mediocres, reflejaban la personalidad social, *adaptada* a la sociedad.

En cambio, la invención era la responsable de la mayor diferenciación individual. Era la que permitía la evolución como progreso, y se desarrollaba mediante la imaginación. La variación individual era producto entonces de la invención, de la imaginación creadora, producía la originalidad. Mientras el hombre mediocre pensaba con la cabeza de la sociedad, el hombre original pensaba con su propia cabeza y *se desadaptaba* de la sociedad.

La diversa adaptación de cada individuo a su medio depende del equilibrio entre lo que imita y lo que inventa. Todos no pueden inventar o imitar de la misma manera, pues esas aptitudes se ejercitan sobre la base de cierta capacidad congénita, inicialmente desigual, recibida mediante la herencia psicológica. (Ingenieros, 2003 [1913]: 21)

Ahora bien, el hombre superior:

es un accidente provechoso para la evolución humana. Es original e imaginativo, desadaptándose del medio social en la medida de su propia variación. Esta se sobrepone a atributos hereditarios del "alma de la especie" y a las adquisiciones imitativas del "alma de la sociedad", constituyendo las aristas singulares del "alma individual", que le distinguen dentro de la sociedad. Es precursor de nuevas formas de perfeccionamiento, piensa mejor que el medio en que vive y puede sobreponer ideales suyos a las rutinas de los demás. (Ingenieros, 2003 [1913]: 23)

Comparación de las interpretaciones en las dos obras

Las dos obras analizadas de José Ingenieros deben verse en relación a los contextos en los que se produjeron. En **Principios de psicología** predominaba un afán sistematizador teórico, y era claro el proyecto de intervenir en el campo teórico de la psicología a nivel local e internacional, brindando un marco teórico que unificara las exigencias naturalistas de la biología evolucionista y de la física energética. En **El hombre mediocre**, en cambio, predominaba un interés por intervenir en el campo intelectual político del país, apuntaba



a un público más amplio, no al estrictamente académico, y se acen- tuaban algunos rasgos apenas esbozados sobre el papel de la cre- atividad en la innovación. Es claro que el concepto de adaptación tomado de la biología evolucionista admitía diversas interpretacio- nes psicológicas, y no constituía un término unívoco.

La noción de adaptación no constituyó un problema a resolver, ni teórico ni práctico. No hacía referencia a una clase de fenóme- nos, procesos o mecanismos que se necesitaban explicar. Fue en cambio una noción que se usó diversamente en hipótesis que intentaban responder otros problemas teóricos y prácticos.

En **Principios de psicología**, el problema fundamental era un pro- blema teórico: definir el estatus teórico de la psicología, elabo- rando un marco coherente e integrador de lo que se considera- ba como los avances más significativos de las ciencias naturales de la época. Constituía además un esquema vertebrador de los contenidos del programa del Segundo Curso de Psicología, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), a cargo de Ingenieros. En **El hombre mediocre**, el pro- blema fundamental era la interpretación de la sociedad argenti- na, de la relación entre las masas y los gobernantes, y del papel de los hombres superiores en esta relación. Todo esto se rela- cionaba directamente con la propia situación de Ingenieros de no haber sido nombrado profesor del curso de Medicina Legal, que había dejado vacante en 1911 Francisco de Veyga.

En **Principios de psicología**, el concepto de adaptación era un con- cepto clave para pasar de un nivel puramente físico-químico a uno biológico, y luego al nivel psicológico y social. Intentaba legitimar desplazamientos teóricos, aunque mal justificados, retóricamente convincentes para la época. La adaptación incluía la imitación y la innovación, esta última como producción de variaciones a causa de los cambios del medio. Por lo tanto, la adaptación se identificaba con la evolución (que incluía la permanencia y los cambios), y esta con el progreso. En **El hombre mediocre**, el concepto de adapta- ción pasaba a representar la actividad conservadora, necesaria para que hubiera continuidad en la evolución (equivalente al papel de la herencia), pero insuficiente e incluso contrapuesta a la innovación que suponía el progreso, y para lo cual era necesario el aporte de los hombres superiores *desadaptados*. Mientras en **Principios** pre- dominaba una perspectiva conservadora de la acción humana y de la sociedad, ya que esta variaba solo como reacción a los cambios del medio, en **El hombre mediocre** primaba el papel de las elites intelectuales en la innovación, en una especie de progreso desde arriba que conducía el avance del resto de la sociedad.

En ambas obras, regía un rígido determinismo biológico, que deter- minaba no solo las diferencias biológicas individuales de base, sino también las posibilidades futuras: el carácter patológico (des- adaptación desviada, que obstaculiza el progreso), el carácter mediocre (adaptación imitativa), o bien, el carácter superior (des- adaptación que promueve el progreso).

Ahora bien, el idealismo y la creatividad presentes en **El hombre mediocre** eran forzados a entrar en el marco determinista, casi en términos de destino, y no de azar e imprevisión. La imposibi- lidad de prever el camino futuro, radicaba solo en que los idea-

les planteados en el presente, tendrían que competir entre sí, y solo después de esa competencia, los que se realizaran efectiva- mente, mostrarían su superioridad frente a los demás. Solo este criterio de competencia y selección, no permitía predecir la mar- cha del futuro real.

El núcleo perdurable

Esta relación conflictiva entre ideales, progreso, evolucionismo y determinismo biológico, variaciones (desigualdades) entre los hombres y adaptaciones al medio social diversamente valora- das, se mantuvo en el tratamiento que Ingenieros realizó de diversos temas.

Un nuevo actor social apareció luego en su discurso como pro- motor valorado del cambio social: los jóvenes. El impacto de la Gran Guerra conduciría a una mirada diferente de la cultura euro- pea, ya no como el modelo de civilización a seguir, sino como la decadencia, la barbarie que se destruía a sí misma (Ingenieros, 1921). En contraposición, Latinoamérica aparecía como el lugar de los pueblos nuevos, jóvenes, en donde se realizarían los valo- res de justicia social. En este contexto se produjo una mirada dife- rente también hacia el papel de las generaciones jóvenes en la historia. De ellos saldrían ahora las minorías intelectuales, crea- tivas e idealistas que conducirían el progreso histórico. Ingenieros proyectaba en la juventud la valoración de la rebelión frente al orden establecido y la búsqueda de nuevos caminos. Aún el aná- lisis de la historia requería distinguir en las tradiciones, según Ingenieros, qué elementos valía la pena mantener, y cuáles cam- biar, y esto suponía criterios valorativos, ya que el solo criterio de la selección natural únicamente podía asegurar que el que se imponía en las costumbres, era el que había triunfado con res- pecto a otros, y por lo tanto, era el mejor. La estricta explicación naturalista seguía siendo tan insuficiente como antes.

Al mismo tiempo, toda esta interpretación mantenía una expli- cación de tipo psicológico: los jóvenes psicológicamente tenían menos ataduras con la historia, eran entusiastas, etc. Sin embar- go, los jóvenes no entusiastas, escépticos, o que no dirigían su entusiasmo con ideales, no eran auténticos jóvenes. Otra vez, Ingenieros caracterizaba psicológicamente la juventud excluyen- do las características que no encajaban con aquellas valoradas. Por ejemplo, un joven apático o escéptico, no era un joven. Un hombre adulto o incluso anciano, entusiasta, con ideales y de acción, seguía siendo un joven.

De esta manera, no era el cambio por el cambio mismo lo valora- do, sino el cambio dirigido por ideales. Si un ideal, para Ingenieros, era un arquetipo hipotético de perfección, abstraído a partir de la experiencia (Ingenieros, 1953 [1918]: 102), de nuevo el estricto natu- ralismo resultaba insuficiente, para seguir identificando legítima- mente evolución y progreso, vinculación explícitamente adoptada ya desde la definición de la sociología como ciencia natural, en 1908 (luego incorporado como primer capítulo de la **Sociología Argentina**, desde la edición de 1910 hasta la 5ª edición definitiva de 1918).

Así como los jóvenes podían ser jóvenes entusiastas, con ideales y de acción, o ser escépticos o apáticos y no ser realmente jóvenes, la historia podía ser una historia viva o una historia muerta (Ingenieros, 1923). La historia viva era la historia que se renovaba constantemente según ideales, juzgaba y diferenciaba los héroes y los villanos, permitiría aprender para el presente y el porvenir. La juventud debía aprender de esa historia. La historia muerta en cambio no hacía diferencias entre lo bueno y lo malo, y consideraba que todo lo pasado, en bloque, siempre había sido mejor y debería mantenerse. Y si la herencia social era propia de las masas pasivas, de su inercia mental, la variación social era obra de minorías pensantes. El progreso resultaría de la lucha entre la variación y la herencia, de “la serie de victorias obtenidas por la inteligencia sobre el hábito, por el ideal sobre la rutina, por el porvenir sobre el pasado” (Ingenieros, 1923, en Kamia, 1961: 223). El concepto de adaptación fue usado en este contexto con un nuevo sentido. “Lo ya inadaptable estorba a toda nueva adaptación” (*Ibidem*). Las viejas instituciones y costumbres, eran lo inadaptable, lo que estorbaba las adaptaciones a lo nuevo. El porvenir eran las posibilidades, en tanto tales, inactuales. Cada ligadura al pasado atenuaba las posibilidades, así como los pueblos que quedaban atados a sus tradiciones y los ancianos a su memoria. De allí la conclusión, de que “los pueblos sin juventud no tienen porvenir” (Ingenieros, 1923, en Kamia, 1961: 226). “Todas las ventajas están a favor de los pueblos nuevos, de las razas en formación, de las culturas incipientes” (*Ibidem*).

No obstante el acento puesto en el cambio y la renovación, permanecía aquí el núcleo de ideas originales, según las cuales, solo las minorías intelectualmente superiores, que lo eran por las desigualdades biológicas de base, podrían dirigir el cambio histórico hacia el progreso, y en esa dirección, no todos los ideales podrían realizarse, ya que estos se atenuaban al ser asumidos por las masas pasivas, en las cuales predominaba la herencia social, la imitación y los hábitos. De ahí que el ritmo, la velocidad del progreso, tendría un límite en la propia naturaleza humana, en la propia biología de los integrantes de la sociedad.

Se ha mostrado aquí cómo esta forma de interpretar la sociedad en los ejemplos analizados, en momentos posteriores a su etapa de producción en psicología, combinaba elementos psicológicos y valores políticos y éticos, y mantenía algunas ideas previas de su sistema de psicología. A la vez, hemos visto que ya en la producción propiamente psicológica, Ingenieros trataba de reducir toda la explicación psicológica y social a un esquema fiscalista, pretendidamente neutro valorativamente, pero que apelaba a diversas valoraciones al trasladar los argumentos al ámbito humano.

Ingenieros acudió a esas concepciones de psicología previamente elaboradas, para reafirmar un núcleo argumentativo que se vestía de lenguaje científico y filosófico a la vez, que mantenía una concepción naturalista y criterios valorativos, sin reconocer los problemas de articulación entre ellos, al precio de naturalizar las valoraciones propias de su posición en la sociedad y de su

visión del mundo. Podría plantearse en qué medida este núcleo argumentativo, psicológico y político, marcaba a la vez los límites de los cambios posibles en la ideas de Ingenieros.

Referencias Bibliográficas:

- Altamirano, Carlos (2004), “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina” en F. Neiburg & M. Plotkin (comps.), **Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina**, Buenos Aires, Paidós, pp. 31-65.
- Caimari, Lila (2004), **Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Ingenieros, José (1911), **Principios de psicología biológica**, Madrid, Daniel Jorro.
- (1918), **Sociología Argentina**, 5ª edición definitiva, Buenos Aires, Ediciones L. J. Rosso.
- (1921), **Los tiempos nuevos**, Buenos Aires.
- (1923), “Historia, progreso y porvenir”, **Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación**, XVII, pp. 243-250. [Luego incorporado en la obra póstuma **Las fuerzas morales**.]
- (1946 [1919]), **Principios de psicología**, 6ª edición definitiva, Buenos Aires, Losada.
- (1953 [1916]), **Criminología**, 6ª edición definitiva, Buenos Aires, Ed. Hemisferio.
- (1953 [1918]), **Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía**, Buenos Aires, Losada.
- (2003 [1913]), **El hombre mediocre**, Buenos Aires, Ediciones Libertador.
- Kamia, Delia (1961), **José Ingenieros. Antología. Su pensamiento en sus mejores páginas**, Buenos Aires, Losada.
- Miranda, Marisa & Vallejo, Gustavo (comps.) (2005), **Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Talak, Ana María (2009), “Memoria filogenética, evolución e historia en la primera psicología en la Argentina” en **Anuario de Investigaciones**, vol. XVI, Facultad de Psicología, UBA, tomo II, pp. 199-205.
- Tarcus, Horacio (2007), **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Terán, Oscar (1979), **José Ingenieros: antiimperialismo y nación**, México, Siglo XXI.
- (1986), **José Ingenieros. Pensar la Nación**, Buenos Aires, Alianza.
- (2000), **Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)**.
- Derivas de la “cultura científica”**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2008a), **Historia de las ideas de la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2008b), “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980”, en Oscar Terán (coord.), **Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano**, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 13-95.